

priors del monasterio. El ilustre prior D. Pedro, que desde el año 1336 se nos ha dado á conocer, no pereció víctima de la peste asiática que desoló toda Europa. Peores lástimas presenció, sucumbiendo, por fin, *asesinado*, como pronto veremos.

Madrid, 26 de Noviembre de 1897.

FIDEL FITA.

IV.

EL GENERAL D. JOSÉ DE URRUTIA
Y LA GUERRA CON LA REPÚBLICA FRANCESA. 1795.

Nuestro ilustre Director se ha servido disponer que yo informe á esta Real Academia sobre el opúsculo que acaba de publicar el correspondiente D. Julián de San Pelayo con el título de *El general D. José de Urrutia y la guerra con la República francesa en 1795*.

Más que difícil es delicado para mí un encargo que, en otras condiciones, me habría sido en extremo halagüeño. Pero ese interesante trabajo del Sr. San Pelayo me está dedicado, apareciendo en sus primeras hojas un escrito que así lo declara, con expresiones de afecto que yo aprecio en mucho y dándome una participación en los elementos de su labor histórica que no merezco ni podría en justicia pretender, ya que, tanto él como yo, hemos obtenido esos elementos en iguales si no las mismas fuentes.

Es, pues, para mí sumamente embarazoso haber de juzgar una obra en cuya primer página aparece mi nombre, así como invocándose para dar fuerza á los datos que se ofrecen y fundar en ellos las apreciaciones que se exponen. El trabajo del Sr. San Pelayo reúne, sin embargo, tales cualidades que, aun protestando siempre de tan sólo hacerlo en cumplimiento de un precepto académico, voy á arrostrar las responsabilidades de mi informe en tan enojosas condiciones.

Y entro en materia, con el propósito, empero, de no dar á mi discurso proporciones que nunca podrían convenir al brevísimo del Sr. San Pelayo, impuestas por su índole y el objeto también académico á que va dirigido.

El nuevo libro del Sr. San Pelayo es segunda parte de otro que, con el mismo título, contiene la primera *Conferencia* dada por el autor en la Sociedad Bilbaina el año 1896, provocada por el espectáculo del retrato del general Urrutia, obra maestra de Goya, adquirida por nuestro Gobierno al venderse las de arte que poseía la casa de los Duques de Osuna.

Esa primera parte, cuyo examen no se me ha cometido pero que debo tomar en cuenta para mejor inteligencia de la segunda, objeto de este informe, es una como hoja de servicios del general insigne que compartió con D. Antonio Ricardos y D. Ventura Caro las glorias de la guerra con la República francesa á fines del siglo último. Ricardos, con efecto, en su admirable campaña del Rosellón; Caro, en la del Bidasoa, y Urrutia dando fin á la de 1795 en Pontós, pasan, y con justicia, por los generales más entendidos y expertos que España produjo en la segunda mitad de aquella centuria, dignos de eterna loa y de la admiración de sus compatriotas, dedicados ó no al ejercicio de las armas.

En Urrutia se ve reproducido con todos sus caracteres el tipo que hemos dado en reconocer como perfectamente ibérico. Peleando en América, en Marruecos, en los más remotos confines de la Europa hiperbórea, y en España, en fin, para reivindicar las usurpaciones ejecutadas á favor de nuestras eternas discordias, hace el insigne vizcaíno recordar las hazañas de sus antepasados los héroes de Cannas y el Metauro. Y, ya nos lo dice el Sr. San Pelayo, D. José de Urrutia, oficial ilustrado, sabio pudiera llamársele, poseedor de una muy copiosa biblioteca, distinguido matemático y cosmógrafo, soldado bizarrísimo y general tan resuelto en el combate como prudente en el consejo, tenía todos los instintos y todas las aficiones más salientes de la raza euskara; la afición á la vida campestre, á la vida solitaria, y pudiera decirse contemplativa, en su solar nativo, y la aspiración á conquistarse el amor y el respeto de sus conterráneos.

Pero no es ya la biografía del general Urrutia el asunto esen-

cial de la segunda parte que se me ha encargado examinar. El Sr. San Pelayo no recuerda en ella al protagonista de su primer escrito sino para dedicar á su memoria este sentido epílogo: «Ahora como entonces, las mansas aguas del *Cadagua* saltan bulliciosas de presa en presa á reunir sus caudales desmedrados con los más abundantes del *Nervi6n*, y al lamer en su curso los cimientos de la vetusta *torre de la Mella*,—de donde tomaba origen el temido soldado que mantuvo el prestigio de nuestras armas allende el Pirineo en tierra francesa,—más humanas que los hombres, rinden un tributo á su memoria, como si quisieran hacer pleito homenaje, respetando en sus crecidas y desbordes la robusta fábrica del venerable monumento.»

Asunto de esa segunda parte es el que corresponde á la conducta observada por el Señorío de Vizcaya durante la guerra de España con la República francesa en la tantas veces citada fecha de 1793 á 1795, asunto alguna vez tratado en esta Real Academia y por mí en varios de mis libros.

¡Sinraz6n manifiesta y cien veces probada, la de acusar al pueblo vizcaino de tibio para la defensa de sus hogares en tan solemne y crítica ocasi6n!

No han sido ni pueden ser refutados victoriosamente los innumerables documentos que prueban el esfuerzo y la lealtad de los naturales del Señorío, citados muchos de ellos por el Sr. San Pelayo con la oportunidad que le ofrecía una conferencia en Sociedad tan interesada por las glorias de aquel pa6s. Y tan importantes son esos documentos, oficiales en su casi totalidad, y son tan convincentes las razones que, deducidos de ellos y de la historia de los sucesos militares y políticos á que se refieren, expone nuestro erudito correspondiente, que cabe en justicia asegurar que son tan fundadas éstas como innegables aqu6llos para mantener el tema patri6tico, objeto de su discurso. Los preparativos hechos por el Señorío de Vizcaya, aun antes de declararse la guerra, á costa de no pequeños sacrificios, el armamento y organizaci6n de sus fuerzas, después, para impedir la invasi6n francesa, y su acci6n militar en el invierno de 1794 á 95 en su frontera con Guipúzcoa, ocupada ya en gran parte por los enemigos, actos son que nadie puede desconocer y que los mismos historiadores de la

vecina República han confesado y aun aplaudido en sus escritos. Si esa acción, tan enérgica á veces por parte de los guipuzcoanos no sometidos á las tiranías del invasor y de los vizcaínos todos que, como desde las inmediaciones de Ermúa hasta Ondárroa y en Azcárate, el Musquirichu y Azcoitia, tuvo á los franceses detenidos meses y meses en la orilla derecha del Deva mientras el ejército español se reorganizaba y combatía en Navarra con no poca gloria de sus armas; si esa acción, repito, no vencida hasta Junio del 95, se vió luego paralizada, acháquese á la orden terminante de Godoy, comunicada al Señorío el 9 de Julio, para que capitulara y se retirase, y al abandono en que lo dejó el general Crespo saliendo el 18 de Bilbao para Miranda y Pancorvo.

Y eso está tan probado y tan de manifiesto lo pone el Sr. San Pelayo, aunque con la brevedad y el laconismo indispensables en la índole de su escrito, que bien puede autorizar el de M. Marcillac, francés emigrado, testigo presencial de aquella guerra en ambos extremos de la cordillera pirenaica. «Vizcaya, dice, se levantó en masa, como hemos manifestado antes; 8.000 hombres fueron incorporados al ejército real y 24.000 guarnecieron la frontera y defendieron con valor á Eibar, Hermúa, Ondárroa y Berriatua, cuyo incendio no pudieron evitar en una incursión que el vándalo Pinet, representante del pueblo, ordenó como medio político para atraerse el corazón de los vizcaínos.»

Ese modo de conquistarse las voluntades de los vencidos corre parejas, como vulgarmente se dice, con el establecimiento por aquellos días de la guillotina en la plaza principal de San Sebastián, muestra elocuentísima también de que los guipuzcoanos en su inmensa mayoría, la más sana de su provincia, se resistían á someterse á la dominación francesa. Y no sirva de argumento en contra del patriotismo y de la lealtad de los vascongados el puesto en juego por alguno, de que allí tuviera muchos suscriptores la *Enciclopedia*; porque el incansable averiguador de esas cosas, D. Nicolás Soraluce, demostró lo contrario, y porque cualquiera comprende que aquellos pueblos, y más los de entonces, han sido siempre, por su índole y por sus sentimientos religiosos, refractarios á lectura tan metafísica é irreverente.

Por fin, la conferencia dada el año último en la Sociedad Bil-

baina por el Sr. San Pelayo, opúsculo de 63 páginas en 8.º, con excelente papel y caracteres de imprenta elegantes y de dos colores en las portadas, debe ser obra grata á la Academia, quien podría manifestarlo así á su autor al acusarle el recibo de su por tantos conceptos apreciable lucubración.

La Academia, sin embargo, resolverá lo que tenga por más conveniente.

Madrid, 11 de Febrero de 1898.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

V.

NUEVAS INSCRIPCIONES ROMANAS DE EXTREMADURA.

Badajoz.

1) En la casa-cortijo de la dehesa de *La Lapilla*. Piedra de granito de 0,40 m. de ancho por 0,60 m. de altura, que presenta la inscripción en tres renglones.

T A N C I N V

S • M A T V E N I

F • H • S • E

Tancinus, Matueni f(ilius). H(ic) s(itus) e(st).

Tancino, hijo de Matueno, aquí yace.

El nombre *Tancino* es frecuente en la región lusitana, fuera de la cual aparece muy rara vez.

El de *Matueno* le hallamos por primera vez en nuestra epigrafía; acaso es su forma femenina, abreviada, el de *Matuna* que encontramos en una lápida hispalense (1209) y en otra segoviana (2751) de grande interés artístico é histórico, porque representa esculpidos, no sin primor, cinco arcos del famoso acueducto.